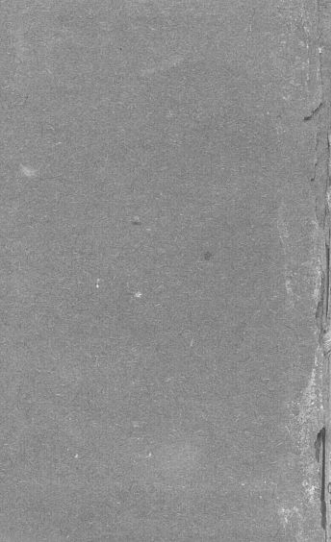


HP 505





T. 54961

FP 505

VIDA
DE
SAN FRANCISCO DE ASÍS.







MURILLO, P.^o

B. MAURA, D^oY G^o 1682

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE ASÍS

POR EL

P. P. DE RIVADENEIRA
de la Comp. de Jesus.



MADRID

IMP. Y FUNDICION DE M. TELLO.

1882.

ACM



R.P. 509

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Para hablar bien de la vida del gran Patriarca y seráfico Padre San Francisco, instituidor de la esclarecida y devotísima órden de los Menores, es menester lengua de serafines; y así proveyó nuestro Señor que la escribiese el seráfico Doctor de la Iglesia San Buenaventura, hijo suyo y reparador, é ilustrador y gobernador de su misma órden: al cual nosotros principalmente aquí seguiremos, añadiendo algunas cosas que se hallan en las crónicas de esta sagrada

órden y suplicando á nuestro Señor que nos dé parte de aquel espíritu que en escribir esta vida tuvo San Buenaventura, para que se impriman en nosotros, y en los que la leyeren, los ejemplos de virtudes más divinos que humanos, con que este Serafin resplandeció en el mundo.

Nació el bienaventurado San Francisco en Asís, ciudad de la Umbría, provincia en Italia, el año del Señor de 1182. Su padre se llamó Pedro Bernardo y su madre Pica, muy honrada y devota matrona: la cual estando de parto de San Francisco, y no pudiendo por algunos días parir, llegó un pobre peregrino á su puerta á pedir limosna, y dijo al que se la traía,

que llevasen aquella mujer que estaba de parto y no podía parir, á un establo y que luego pariría.

Lleváronla á un establo, que estaba cerca de su casa, y luego parió: y despues se edificó allí una capilla y se pintó este milagro. En el bautismo le llamaron Juan, y despues en la confirmacion Francisco. En teniendo edad le pusieron al estudio: y como su padre era mercader le ocupó en los negocios de aquel oficio. Comenzando á ser mozo se dió á las vanidades y entretenimientos de mozo; aunque, con el favor de Dios, no soltó la rienda á los apetitos sensuales: y atendiendo á las ganancias temporales, no puso su confianza en las riquezas y teso-

ros; ántes era compasivo y liberal con los pobres, é hizo firme propósito de dar siempre limosna á los que se la pidiesen por amor de Dios.

Estaba un día muy ocupado y embebecido en sus negocios, vino á él un pobre que le pidió limosna y él no se la dió: fuese el pobre, y Francisco volvió en sí: y considerando su poca caridad, corrió tras él y dióle limosna, y prometió á nuestro Señor y le hizo voto de no negarla jamás á quien por su amor se la pidiese; y guardó inviolablemente este voto hasta la muerte, y por él Dios nuestro Señor le hizo muchas y grandes mercedes, con aumento de su amor y gracia.

Siendo aún seglar, como el mismo Santo Padre despues de ser religioso dijo, en oyendo el nombre de amor de Dios, sentía en su corazon un júbilo espiritual y maravilloso. Era muy manso, paciente y tratable, y más liberal de lo que sufría la hacienda: que era indicio de lo que despues había de ser.

En aquel mismo tiempo había un hombre en la ciudad de Asís muy simple: el cual inspirado por el Señor, á lo que se cree, cuando encontraba á San Francisco se quitaba la capa y la echaba á sus piés para que pasase sobre ella, y decía que Francisco era digno de grande reverencia y que presto haría cosas grandes, y sería muy

honrado de todos los fieles; pero San Francisco entonces no hacía caso de lo que oía, porque andaba muy ocupado en los negocios de la hacienda, y distraído en travesuras de gente moza.

Quiso el Señor reprimirle y darle una sofrenada para que asentase el paso: y para esto le envió dos trabajos. El uno fué, que habiendo guerra entre las ciudades de Perugia y de Asís, fué preso de los perusianos con otros sus compañeros y echado en la cárcel. Pasó aquel trabajo con gran constancia y alegría, animando á los otros y dándoles esperanzas que en breve tendrían libertad, como la tuvieron. El otro fué una enfermedad larga y congojosa, con la

cual y con la flaqueza del cuerpo tomó mayores fuerzas su espíritu y se dispuso á la uncion del Espíritu Santo; y así habiendo convallecido, salió un día de su casa bien vestido, y encontrándose con un hombre de noble linaje, pero pobre y mal vestido, le tuvo lástima y trocó su vestido con él.

La noche siguiente le mostró Dios un palacio muy grande y muy hermoso, y en él muchas y muy ricas armas que tenían la señal de la cruz; y no sabiendo él lo que aquella vision significaba, preguntó cuyas eran aquellas riquezas y armas que allí estaban, y fuéle respondido que de él y de sus soldados, si tomasen la señal de la cruz, y con esfuerzo la

siguiesen. Y como él no estaba ejercitado en las cosas espirituales, entendió aquella vision materialmente; y la mañana siguiente se partió para el Reino de Nápoles, para ser soldado, y militar bajo la bandera de un Conde liberal y poderoso, y tener por esta vía muchos soldados y alcanzar honra y grandes riquezas. -

En el camino el Señor le habló una noche y le dijo que se volviese á su tierra; porque aquella vision se había de cumplir en él y en sus soldados espiritualmente, y que no era justo dejar al Señor del cielo y de la tierra, por servir al siervo y hombre mortal. Con esto se volvió luego á su tierra y se dió mucho á la oracion; y con

el ejercicio de ella sintió en su alma un gran desprecio de todas las cosas caducas y frágiles, y un encendido deseo de vender su hacienda y comprar la margarita preciosa del Evangelio. Pero aún no sabía cómo lo había de hacer: solo sentía unas inspiraciones vehementes, en las cuales le daba el Señor á entender que la mercadería espiritual y la milicia de Cristo tienen su principio en la mortificación y victoria de sí mismo: y estos movimientos interiores le despertaban y le encendían cada día más al deseo de la perfecta mortificación y menosprecio de sí mismo.

Ofreciósele una buena ocasion para su aprovechamiento; porque

un día, yendo á caballo por un campo descubierto junto á Asís, encontró á un leproso que le causó mucho asco y horror: y acordándose que para ser soldado de Cristo se había de vencer, se apeó del caballo, extendió la mano el leproso, como para recibir limosna, y San Francisco se la besó con grande devocion y ternura. Subió luego en su caballo, y mirando á todas partes no pudo descubrir ni ver más aquel leproso, aunque el campo estaba bien patente y raso: de lo cual quedó admirado y consolado interiormente alabando al Señor, y proponiendo cosas mayores en su servicio. Gustaba de la soledad y recogimiento y de estar en lugares apartados, sin bulli-

cio, ni ruido: y dábase todo á la oracion, suplicando al Señor con grande afecto que le declarase su voluntad.

Un día estando todo absorto y transportado en Dios se le apareció Jesucristo nuestro Señor como crucificado, y con este regalo y favor quedó tan tierno y tan derretido en su amor, que desde aquella hora, siempre que se acordaba de la Pasion del Señor derramaba muchas lágrimas sin poderlas reprimir, y juntamente se vistió del espíritu de pobreza, caridad y piedad, de manera que sintiendo ántes mucha repugnancia y grande asco en solo mirar á los leprosos, aun desde muy lejos, despues les cobró tanto amor y aficion que se

iba á los hospitales y les besaba las manos y el rostro, y los servía como al mismo Jesucristo con toda devocion y humildad.

A los pobres mendigos daba unas veces su vestido, otras parte de él; á los clérigos pobres remediaba con reverencia, y de buena gana daba limosna para los ornamentos de los altares. Fué una vez á Roma á visitar la iglesia de San Pedro, y halló á la puerta de la iglesia gran multitud de pobres; dió al que le pareció más necesitado su vestido, y él se vistió de los andrajos del pobre, y todo el día se estuvo entre los mendigos, con extraordinaria consolacion de su alma. Y porque ya tenía interiormente la cruz de Cristo en su co-

razon, tambien' atendía mucho á mortificar y crucificar su carne para que el alma y el cuerpo participasen del precio de nuestra redencion, y llevasen su cruz y gozasen de los merecimientos de ella. Todo esto le pasó al seráfico Padre ántes de dejar el hábito de seglar.

No tenía el Santo otro maestro sino á Cristo en todas estas cosas que habemos referido, y Su Majestad le iba enseñando y perfeccionando cada día más, como perfectísimo y sapientísimo maestro. Un día estando San Francisco haciendo oracion en la iglesia de San Damian, que estaba fuera de los muros de Asís, delante de un crucifijo, oyó una voz que salía de él,

y por tres veces le decía: «Francisco, vé y repara mi casa, como vé, se está cayendo.»

Quedó el Santo como asombrado y fuera de sí, oyendo aquella voz; y viendo que aquella iglesia de San Damian era muy vieja, y se venía al suelo, entendió que aquella voz del Señor le mandaba reparar aquella iglesia material, y tomó buena cantidad de paños, y llevólos á la ciudad de Foligni que está como tres leguas de Asís, y vendiólos, y tambien el caballo en que iba; y tornando á Asís, dió el precio y todo el dinero que llevaba, á un pobre sacerdote que estaba en la iglesia de San Damian, rogándole con gran reverencia que lo tomase para re-

parar aquella iglesia, y que le dejase estar en ella algunos días.

El clérigo le concedió que estuviese en la iglesia los días que quisiese; mas no le pudo persuadir que tomase el dinero por temor de su padre; y así San Francisco le arrojó sobre una ventana de la misma iglesia. Supo su padre lo que pasaba, y con grande enojo y amenazas cobró el dinero, y San Francisco por algunos días se escondió en una cueva, y despues como corrido de su cobardía, salió de ella y entró en la ciudad. Como la gente le vió tan desfigurado, flaco y mal vestido, comenzó á arrojarle lodo y piedras, y darle grita como á loco.

De esto cobró su padre mayor

saña; y trayéndole á su casa, le dió muchos golpes y azotes, y le echó grillos y le encerró en un aposento, donde estuvo hasta que su madre le libró, estando el padre ausente; el cual finalmente se concertó con su hijo, por bien de paz, de esta manera: que los dos se fuesen delante del Obispo, y que el hijo renunciase al padre su legítima y herencia que esperaba, y así se hizo con mayor ventaja y espíritu de lo que el mismo padre pretendia; porque en llegando delante del Obispo, San Francisco con gran denuedo y alegría se desnudó de todos los vestidos, hasta la camisa, y se los dió á su padre, diciendo: «Hasta aquí te llamé padre en la tierra;

de aquí adelante diré seguramente: Padre nuestro que estás en los cielos; en quien he puesto todo mi tesoro y esperanza.»

Admiróse el Obispo de tan gran fervor, y derramando muchas lágrimas le cubrió con su manto, y mandó traer alguna ropa con que cubrirle. Trajéronle una pobre capa de un labrador, criado del Obispo que hallaron más á mano; tomola el Santo con grande agradecimiento, y cortando aquel capote á manera de cruz, se lo puso y salió de la ciudad, y se fué á una selva, cantando loores á Dios.

Salieron á él unos ladrones, y preguntáronle quién era, y lleno de confianza y espíritu profético, respondió: «Soy pregonero del

gran Rey.» Diéronle los ladrones muchos golpes, y echáronle en un hoyo que estaba allí cerca lleno de nieve, y fuéronse; mas el Santo no cabía de placer por verse maltratar, é iba cantando como ántes, alabanzas al Señor porque así le regalaba. Pasó por un monasterio y diéronle limosna como á pobre desconocido. De allí se fué á la ciudad de Augubio, donde le conoció un amigo suyo, y le recogió en su casa y le dió un vestido cumplido, pobre y honesto, el cual trajo dos años y un cinto ceñido, y zapatos calzados, y un cayado en la mano como ermitaño.

En Augubio se fué al hospital de los leprosos, y los servía con

gran caridad; lavábales los piés, y limpiábales la podre de sus llagas, y besábaselas con maravillosa devocion, y por esta tan ilustre victoria de sí mismo, le dió el Señor singular gracia de sanar enfermedades corporales y espirituales. Vióse esto particularmente en un hombre del condado de Espoleto que tenía una enfermedad horrible é incurable, y se le iba carcomiendo la boca y las mejillas sin remedio, y viniendo de Roma de visitar la iglesia de San Pedro, se encontró con San Francisco, y echóse á sus piés para besárselos, y el Santo por su humildad no lo consintió, ántes se llegó á él, y con extraña devocion y ternura le besó la boca encancerada y podri-

da, y luego quedó sano el pobre de aquella enfermedad tan incurable.

Estando ya más fundado San Francisco en la humildad, y en el menosprecio de sí mismo y de los juicios vanos del mundo, volvió á Asís, y comenzó á mendigar entre los que ántes le habían conocido abundante y rico: y como la voz divina cuando estaba en la iglesia de San Damian, le había mandado que reparase la iglesia, intentó de hacer, siendo pobre, lo que no había podido hacer siendo rico, y con su trabajo, y con llevar él en sus hombros las piedras para el edificio, y con las limosnas que otros, movidos con su ejemplo, le dieron,

la reparó y la dejó bien aderezada, y lo mismo hizo en otra iglesia del apóstol San Pedro, á quien él tenía gran devoción.

De allí se fué á un sitio como una milla de Asís, que llaman Porciúncula, en el cual estaba una iglesia de nuestra Señora, muy antigua, desierta y maltratada. Supo que el nombre antiguo de aquella iglesia era Santa María de los Angeles, y entendió que conforme al nombre había allí frecuentes visitaciones angélicas, y por la devoción con los ángeles, y con la Reina de los ángeles nuestra Señora, trabajó mucho para repararla, y se determinó de hacer allí un asiento. Allí humildemente comenzó; allí virtuosamen-

te aprovechó, y felicísimamente acabó su carrera, y cuando moría, encomendó á sus hijos este lugar como lugar muy amado y favorecido de la Virgen. En esa iglesia por revelacion divina, dió San Francisco principiό á la sagrada órden de los Menores, de la manera que adelante se verá. Y es de considerar que así como ántes de la fundacion de la órden, reparó San Francisco estas tres iglesias materiales, como habemos dicho, así despues reparó y restauró la iglesia militante con las tres órdenes que instituyó en este espiritual edificio.

En esta iglesia se ocupaba el nuevo y santo soldado de día y de noche en oracion, y con grande

fervor, gemidos y lágrimas suplicaba á la Reina de los ángeles nuestra Señora que fuese su abogada, y le diese su mano y favor para lo que pretendía hacer; y finalmente, por los merecimientos de la que, quedando vírgen, concibió y parió al Verbo eterno, vino él á concebir y parir el espíritu de la verdad evangélica, é instituir la vida apostólica que en su regla se contiene; porque un día oyendo misa de los Apóstoles, y en ella aquel Evangelio en que, enviando Cristo nuestro Señor á predicar á sus discípulos, les dijo que no poseyesen oro ni plata, ni dinero en sus bolsas, ni llevasen alforjas en el camino, ni tuviesen dos túnicas, ni zapatos, ni vara,

luego el Santo, alumbrado con luz divina, se quitó los zapatos, dejó el báculo, sacudió de sí como cosa detestable, el dinero, y contento con una pobre túnica, dejó el cinto de cuero que traía, y ciñóse un cordon, y comenzó á hacer una vida apostólica, y tomando las palabras que había oído del Evangelio para sí, como si un ángel se las hubiera traído del cielo. Con este traje y hábito dió principio á su predicacion, exhortando á todos á penitencia, con unas palabras llanas y simples; mas graves, severas y encendidas, que inflamaban y penetraban los corazones de los oyentes; y ántes de comenzar sus sermones, saludaba al pueblo diciendo: *Dominus det*

vobis pacem: El Señor os dé paz; la cual salutacion dijo despues que la había aprendido por divina revelacion.

Con estos sermones, y mucho más con el ejemplo de su vida, convirtió á muchos pecadores al Señor, y algunos se animaron á dejar todas las cosas de la tierra y seguirle en el hábito y modo de vivir; entre los cuales el primogénito hijo que engendró en Cristo, fué Bernardo de Quintaval, varon perfectísimo, á quien y á Pedro Catanio, canónigo de Asís, dió San Francisco el hábito á 16 de Agosto del año de 1209; y desde este día comenzaron algunos á contar el principio de la órden, aunque otros le toman un año más

atrás, cuando el Santo oyendo las palabras del Evangelio, se quedó con una sola túnica.

Después se fueron allegando otros compañeros hasta el número de doce, para representar el colegio de los sagrados Apóstoles, que se repartieron por todo el mundo, y le conquistaron y le rindieron al Señor; y de la misma manera envió San Francisco á sus compañeros á predicar por el mundo la cruz y penitencia: y cuando los enviaba, decía á cada uno en particular: *Tacta cogitatum tuum in Domino; et ipse te enutriet*: Poned vuestra confianza y cuidado en el Señor, que Él os sustentará.

Lloraba muy amargamente una

vez los pecados de la vida pasada, y repentinamente le sobrevino una inefable y espiritual alegría, y con ella una certificacion que todos sus pecados plenariamente le habían sido perdonados, y luego tuvo un éxtasis, y le fué revelado todo el aumento y progreso de su órden. Deseando mucho ver á sus hijos que estaban esparcidos y predicando en muy diferentes partes, suplicó al Señor que él se los juntase, y así sin llamarlos nadie, se juntaron en breve tiempo con grande admiracion de todos; y viendo que iba creciendo el número de sus santos hijos, escribió la regla con palabras humildes, sacándolo todo del Santo Evangelio, y añadiendo algunas pocas co-

sas que parecían necesarias para la manera uniforme de vivir.

Mas á él y á sus compañeros les pareció necesario procurar que la Sede apostólica aprobase la regla; y así partieron para Roma todos, y San Francisco en el camino tuvo una revelacion, con que el Señor le consoló y le dió esperanza que sería bien oído y despachado del Papa Inocencio III, que á la sazón tenía la cátedra de San Pedro, como sucedió; porque aunque al principio el Papa no le admitió, despues con una revelacion que tuvo, le hizo buscar y le acogió con gran benignidad, y entendió que aquel pobrecito, vil y despreciado, había de ser como una palma alta y sublime en la Iglesia

del Señor, y reparador y sustentador de su espiritual edificio, que se iba cayendo; porque acostándose el sumo Pontífice una noche con grandes cuidados de las calamidades que padecía la Iglesia, vió en sueños que el templo de San Juan de Letran, donde él habitaba, amenazaba gran ruina y se venía al suelo, y que un pobrecito y desestimado hombre ponía sus hombros debajo de él y le sustentaba; y por divino instinto entendió que este pobrecito era el glorioso San Francisco, que por sus ejemplos y doctrina había de sustentar la Iglesia de Dios, como la sustentó en su vida, y ahora la sustenta por sus bienaventurados hijos; y esta revelacion ú otra semejante, pre-

cedió en la confirmacion de la Sagrada órden de Santo Domingo, con el cual se vió San Francisco en Roma; y los dos Santos Patriarcas, sin haberse visto ántes, se conocieron y abrazaron y confederaron entre sí para hacer guerra al infierno, y volver por la gloria de su celestial Capitan y Señor.

Con la revelacion que tuvo el Papa, y con ver la humildad, pureza y fervor de San Francisco, se inclinó á conceder lo que el Santo le suplicaba; pero como la cosa era tan árdua y tan importante, quiso encomendarla más á Dios, para tomar más madura deliberacion, especialmente, viendo que algunos Cardenales no venían bien en ello, juzgando que era me-

por reformar las religiones antiguas, que instituir otras nuevas, y que aquella regla y extremada pobreza que en ella se profesaba, parecía sobre las fuerzas humanas. Pero en fin, después de mucha oración y consultación, el Papa otorgó lo que San Francisco le pedía, y confirmó su regla, y le mandó que predicasen penitencia, y á todos los frailes legos que con él habían venido, ordenó que se les hiciesen unas pequeñas coronas, para que libremente sembrasen la palabra de Dios. Esta confirmación hizo el Pontífice de palabra, y *vivæ vocis oraculo*; y San Francisco y sus compañeros hicieron profesión solemne, en manos de Su Santidad, el año de 1209,

prometiéndole la vida y regla evangélica, y San Francisco fué instituido por el mismo Papa Ministro general de la órden.

Confirmada pues la órden, se volvió el Santo con sus compañeros á Asís. En el camino tuvieron una gran necesidad, faltándoles de comer; y no habiendo remedio humano para traerlo, súbitamente les apareció un hombre que les dió pan, y luego desapareció sin ser conocido. Tuvieron duda algunos de sus compañeros, si sería mejor retirarse á algun lugar apartado, para darse á la contemplacion, ó conversar entre los hombres; pero despues que hicieron oracion sobre ello, pidiendo al Señor que les descubriese su

voluntad, fué revelado al Santo que Dios quería su religion para que ganase las almas que el demonio le pretendía quitar, y así se recogieron en una pobre y desamparada casa, junto á Asis, comiendo pan de lágrimas, y viviendo con admirable pobreza y santidad. Su oracion era más mental que vocal, porque aún no tenían libros para cantar las horas canónicas; enseñábales el Santo á tener oracion, y ver y alabar al Señor en todas y por todas sus criaturas, y á honrar con particular reverencia á los sacerdotes, y á creer firmemente y morir por la fe que enseñaba la Iglesia romana. Cuando veían alguna iglesia ó cruz, desde lejos se postraban y oraban

como el Santo les había enseñado.

Estando aún los santos religiosos en esta pobre casa, fué San Francisco un sábado en la tarde á la ciudad de Asís, porque había de predicar el domingo en la iglesia catedral; y estando él ausente, aquella noche apareció á sus frailes en un carro de fuego, y dentro de él un globo resplandeciente como el sol, y el carro dió tres vueltas por la casa con gran espanto de aquellos religiosos; los cuales recibieron no ménos claridad en sus almas que en sus cuerpos, y entendieron que aunque el Padre San Francisco estaba ausente con el cuerpo estaba presente con el espíritu, y que él era el que en aquel carro de fuego les mos-

traba Dios como otro Elías, celador de su santa ley. Después se pasó á la ermita de Santa María de Porciúncula, que los monjes de San Benito, cuya era, liberalmente le dieron para que fuese cabeza de su órden. De allí salía á predicar por los lugares y pueblos circunvecinos, mirándole los oyentes como á un hombre del otro siglo que tenía su corazón y sus ojos siempre en el cielo, y con sus obras y palabras los quería llevar á todos allá. Convirtiéronse muchos con extraordinario fervor, y de estos instituyó el Santo la órden que llamó «los Hermanos de la Penitencia;» y gran número de doncellas determinaron de guardar perpétua castidad, de las

cuales la primera planta é hija espiritual del Padre San Francisco fué la santísima vírgen Clara, madre de las religiosas que se llaman «las Señoras pobres», y clarísimo espejo de toda pureza y santidad. Pero otros muchos, dando libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, seguían á San Francisco como á varon y maestro venido del cielo, de manera que su santa familia se iba cada día multiplicando más, é hinchendo el mundo de un suavísimo olor y fragancia de sus perfectas virtudes. Entre los otros fué uno un religioso de la órden de los Crucíferos, llamado Morico, que estando en un hospital junto á Asís, desahuciado ya de los médicos, envió un recado á

San Francisco pidiéndole que rogase á Dios por su salud. El Santo hizo oracion y luego tomó un poco de pan y lo desmenuzó en un poco de aceite del que había en la lámpara delante del altar de nuestra Señora, y mezclándolo, se lo envió con unos frailes diciendo: «Llevad esta medicina á nuestro hermano Morico, con la cual sanará, y será valeroso soldado de nuestra milicia.» Tomó Morico la medicina: sanó, entró en la órden, y vivió con grande aspereza y santidad de vida y perseveró hasta la muerte. Otro gran poeta, á quien llamaban el rey de los versos, vino por ver al Santo y hallóle que estaba predicando en un monasterio, y vió en el sermon dos espa-

das muy resplandecientes atravesadas en figura de cruz, la una que tomaba desde la cabeza de San Francisco hasta los piés, y la otra le cruzaba por los brazos; y admirado y compungido con esta vision, se convirtió y tomó el hábito con tanta devocion, que San Francisco le mudó el nombre y le llamó fray Pacífico, y fué el primer Ministro provincial de Francia, y vió muchas veces en la frente del Santo padre una cruz.

De esta manera iba el Señor llamando á la nueva órden nuevos soldados, juntando aquel florido y glorioso ejército que tanta guerra había de hacer á las potestades del infierno. Creció tanto el número de los benditos hijos de San Fran-

cisco, que para repartirlos y distribuirles las provincias y señalarles ministros provinciales, juntó capítulo general en Santa María de Porciúncula, y vinieron á él más de cinco mil frailes: y con el favor del Señor tuvieron salud, y todo lo necesario bastantemente, y grande gozo y alegría espiritual.

Despues que asentó el gobierno de su órden, aunque no podía el Santo hallarse presente con el cuerpo en los capítulos provinciales que se celebraban, se hallaba con el espíritu, y algunas veces por milagro se apareció en ellos. Y en el capítulo que se celebró en la ciudad de Arlés, predicando San Antonio de Padua á los frailes, sobre el título de la cruz: *Jesus Na-*

zarenus, Rex Judæorum; fué visto el Santo Patriarca levantado en el aire, que bendecía á sus hijos, con las manos extendidas, como en cruz. Y otra vez, estando con sus frailes hablando de cosas de Dios, apareció Nuestro Señor Jesucristo en medio de ellos, en figura de un mancebo muy hermoso, y á todos echó su santa bendición. Deseó el Santo que su regla, aprobada por el Papa Inocencio III, fuese tambien confirmada por Honorio, asimismo III, que le había sucedido en el pontificado; y para esto, habiéndole Dios mandado con una revelacion, que hiciese otra regla más breve, porque la primera era algo larga, por instinto del Espíritu Santo se subió

á un monte con dos de sus frailes, y ayunando á pan y agua, y haciendo continua y fervorosa oracion, mandó escribir la regla como Dios se lo revelaba. Bajó del monte y dió la regla escrita al Vicario, para que la guardase: el Vicario por descuido la perdió, y el Santo volvió al monte, como otro Moisés, é hizo de nuevo escribir la regla con las mismas palabras de ántes, como si las oyera de la boca del mismo Dios. Esta regla fué la que confirmó el Papa Honorio, el octavo año de su pontificado; y exhortando San Francisco á sus frailes á la observancia de ella, solía decir que no había puesto en aquella regla cosa de su cabeza, sino que todo lo que había en ella,

había sido revelado del cielo. Antes, en el tiempo que estaba en el monte en oracion, bajó una voz del cielo, sonó tres veces, y dijo: «Francisco, en esta regla no hay cosa tuya, toda es mía, y todo quiero que se guarde al pié de la letra, porque yo sé las fuerzas del hombre y la ayuda que le tengo de dar:» y de allí á pocos días confirmó el Señor aquella regla y la revelacion con que la había dado, imprimiendo sus llagas en el cuerpo del Seráfico Padre, como adelante se dirá.

¿Pero quién podrá dignamente referir las admirables y altísimas virtudes de este serafin? Quererlas escribir, es entrar en la inmensidad del mar Océano, ó en

un profundísimo abismo sin suelo. De cada una de ellas se podía hacer un libro; mas nosotros las iremos recogiendo brevemente, de lo que San Buenaventura más copiosamente en su vida escribe. Y comenzando por su penitencia, castigaba su cuerpo con grande aspereza, y apenas tomaba lo necesario para la vida, y solía decir que era muy dificultoso satisfacer á la necesidad del cuerpo y no obedecer á las inclinaciones sensuales. Cosa cocida, raras veces estando sano la comía, y cuando la comía le echaba encima ceniza ó agua para hacerla desabrida. Bebía agua cruda, pero con mucha templanza, por gran sed ó calor que tuviese. Cada día, como si fuera novicio

hallaba nuevas maneras de mortificarse y de afligir su carne. Cuando salía fuera á predicar, comía lo que le daban. Su cama ordinaria era el suelo, y las más veces dormía sentado, poniendo por cabecera un madero ó piedra. Andaba vestido con una sola y pobre túnica; y preguntado cómo podía sufrir el rigor del frío con tan poca ropa, respondía, que con el fervor del espíritu. No consentía blandura en su vestido, y decía que era más de los palacios de príncipes que no de las casillas de los pobres: y cuando sentía alguna blandura en su túnica, tejíala por dentro con unas cuerdas, de manera que estuviese áspera; y aún añadía que había hallado por experiencia

que los demonios tientan fácilmente á los que traen el vestido blando; y se espantan y huyen del áspero. Y cuando veía que su hábito era mejor ó más nuevo que el de sus frailes, le trocaba con el más viejo y más roto, y áun á las veces hacía su vestido de los pedazos y remiendos que le daban sus frailes; y por esto los Prelados de la órden mandaron despues á los frailes, que no trocasen con él cosa de vestido, ni lo tomasen aunque el Santo se lo diese.

Pues ¿qué diré de la limpieza y castidad de su alma? Al principio de su conversion, hallándose apretado del ardor de la concupiscencia, se echó muchas veces en el invierno en un hoyo lleno

de nieve, para templar aquel fuego infernal, teniendo por mejor padecer gran frío en el cuerpo, que en el alma tan peligroso incendio. Estando una noche en oracion, le llamó el demonio tres veces por su nombre, y le dijo: «No hay pecador tan malo, que si se convierte no le perdone Dios; mas el que se matare con indiscretas penitencias, no hallará jamás misericordia.» Conoció el Santo por divina revelacion, que el demonio le queria inducir á tibieza, y sintió en sí una gravísima tentacion de carne. Desnudóse luego, y comenzó á disciplinarse fuertemente, y con grande fervor de espíritu salió de la celda á un huerto, y echó su cuerpo desnudo en

mucha nieve, y haciendo siete pe-
llas grandes ó bultos de la misma
nieve, decía: «Esta mayor es tu
mujer, estas otras tus hijas é hi-
jos y criados: abrígalos que se
mueren de frío, y si esto te da
pena, sirve con cuidado á solo
Dios.» Con este fuego divino apa-
gó las llamas del otro fuego sen-
sual, de manera, que nunca más
sintió cosa semejante. Y con ha-
ber alcanzado tan gran victoria de
su carne y haber sido revelado á
Fr. Leon, su compañero, que
San Francisco era contado en el
cielo entre los que eran vírgenes
de cuerpo y alma, fué recatadísi-
mo en el trato y familiaridad con
mujeres, y tenía tanto recogí-
miento en sus ojos cuando las ha-

blaba, que á ninguna casi conocía de vista; porque decía que con las ocasiones, el fuerte se hace flaco y el flaco es vencido, y que conversar con mucha familiaridad con mujeres y no quemarse ó chamuscarse, es tan dificultoso como andar sobre las áscuas, ó tener el fuego en el seno y no quemarse. ¿Qué negocios, decía el Santo, tiene un religioso que tratar con las mujeres, si no es cuando las oye de confesion, ó cuando les da una breve instruccion para mejorar su vida? El que se tiene por seguro no es cauto, y hallando el demonio de donde asir, aunque sea de algun cabello, hace terrible guerra. Esta es la doctrina del Seráfico Padre, la cual enseñaba más

con sus ejemplos que con palabras; y por esto llamaba á su cuerpo el «hermano asno,» porque había de llevar las cargas y mucha disciplina, y comer poco y de cosas viles. Cuando veía algun ocioso, y que comía de los trabajos ajenos, le llamaba «fray Mosca,» porque no hacía cosa buena y manchaba lo que otros hacían bien, y era molesto y abominable á los demas. Finalmente, el bienaventurado Padre se dió tal vida, y con el rigor de sus penitencias se consumió de manera, que pocos días ántes que muriese, dijo su culpa á su cuerpo de las veces que le había tratado con mayor aspereza de lo que era menester; excusándose que lo había hecho por ma-

yor seguridad y guarda de la castidad y pureza de su alma, y mayor servicio y gloria de Dios. Con haber sido para sí tan riguroso, no lo era con los otros, ni le agradaba la aspereza cuando era indiscreta; y así una noche, viendo á un fraile que por la demasiada abstinencia no podía reposar y corría peligro su salud, le llevó pan, y para que comiese con menos empacho, el mismo Santo comenzó á comer con él; y con esto le libró de aquel peligro: y decía, que la discrecion es la maestra y guía de las virtudes.

Con esta extremada aspereza juntó San Francisco una profundísima humildad; porque fué humiladísimo y en sus ojos muy vil,

y deseaba que todos le tuviesen por tal, y ser vituperado, y huía de las alabanzas y decía, que tanto es cada uno, cuanto es en los ojos de Dios y no más. Cuando la gente le loaba y llamaba Santo, mandaba él á un fraile que le dijese baldones y palabras de afrenta; y cuando predicaba, muchas veces decía sus faltas en el sermón, para que le menospreciasen; y hacía otras cosas más admirables que eran indicio cierto de su gran fervor y humildad profundísima. Procuraba encubrir con grande estudio los dones de Dios, y cuando le alababan, decía: «No me alabeis; que aún no estoy seguro, ni hay que alabar al que no se sabe en qué parará.» Y á los

frailes muchas veces decía: «Ninguno se ha de desvanecer, porque hace cosas que un pecador las puede hacer; como es ayunar, orar, llorar y castigar su carne; que todo esto algunos pecadores lo hacen: mas ser fieles á su Dios y Señor, esto estando en pecado, no lo pueden hacer.» De esta humildad nació el no haber querido ordenarse de sacerdote y haber quedado siempre en el grado de diácono. Tenía tan gran respeto á los sacerdotes, que solía decir, que si encontrara con uno de ellos y juntamente con un Santo que bajara del cielo, primero besara la mano al sacerdote y despues hiciera reverencia al Santo; porque más acatamiento debía á

aquel de cuyas manos recibían el Santísimo cuerpo de nuestro Señor. Efecto de la misma humildad era el pedir consejos á sus súbditos, cuando tenía alguna duda, teniendo el don de profecía y tan grande luz del cielo: y así una vez, estando dudoso si predicaría ó se daría á la contemplacion, encomendó á Fr. Silvestre y á la virgen Santa Clara, que despues de haber hecho oracion, le dijesen su parecer: que fué que predicase, y él le siguió: porque como dice San Buenaventura, no se avergonzaba el verdadero menor de preguntar las cosas pequeñas á otros menores á él, habiendo aprendido las cosas grandes del supremo Maestro. De esta misma humildad na-

cía el deseo tan encendido que tuvo el bienaventurado Padre de obedecer y no mandar; y por esto renunció el Generalato, y pidió que le diesen Guardian, cuyo súbdito fuese. En los caminos prometía obediencia al fraile que llevaba por compañero y la guardaba; y dijo una vez, que entre otras mercedes que Dios le había hecho, era una, que tan de buena gana y con tanta diligencia obedecería á un novicio de una hora de religion, si se le diesen por Guardian, como al más antiguo y más discreto de los frailes: porque el súbdito, decía, no ha de mirar la persona á quien obedece, sino á Dios, cuyo lugar tiene y por quien obedece. Y preguntando cómo había de ser el

verdadero obediente, respondió, que como un cuerpo muerto. Vió un santo fraile, compañero de San Francisco, estando en oracion, una silla en el cielo muy eminente, y llena de piedras preciosas y de inmenso resplandor, y preguntó al que se la mostraba, para quién se guardaba aquella silla, y fuéle respondido que para el humilde Francisco. Despues que tuvo esta vision, preguntó al Santo, qué sentía de sí mismo, y él le dijo: «Páreceme que soy el mayor de todos los pecadores del mundo:» y replicándole, cómo podía decir esto con verdad, respondió: «Porque si Dios hubiera hecho á un ladron, ó al mayor pecador del mundo las mercedes que me ha hecho á mí,

le fuera más agradecido y mejor que yo; y si á mí me hubiera dejado, hubiera hecho mayores maldades que ninguno de ellos.» Pidióle una vez el Cardenal de Santa Cruz en Roma, que estuviese unos pocos días en su casa, y el Santo, como era tan humilde, obedió al Cardenal por el respeto que le tenía. La segunda noche que estuvo en su casa, despues de larga oracion, queriendo reposar un poco, vinieron los demonios y azotáronle cruelmente, y diéronle tantos golpes que quedó casi muerto: llamó á su compañero y contóle el caso, y díjole que aquel era castigo de Dios, y que era mejor salir de la córte é irse con los pobres de Cristo, que dar qué pensar

á los frailes, y decir de él que se holgaba de estar con los Cardenales, y que se regalaba y pretendía honrar; y así luego á la mañana se excusó humildemente con el Cardenal, y se volvió á su convento.

De esta misma humildad nacía el amor entrañable que tenía á la santa pobreza, á la cual llamaba reina de las virtudes, por haber sido tan amada del Rey del cielo y de su sacratísima Madre: y decía que era el fundamento de su órden, y que Dios le había enseñado que la entrada en la religion debe comenzar por la pobreza; y algunas veces mandó derribar casas ya hechas, por parecerle el edificio muy suntuoso y

contrario á la pobreza evangélica. Una vez, diciéndole el Vicario de Santa María de Porciúncula, que era tanta la pobreza de aquella casa, que no tenían qué dar á los frailes huéspedes, y que sería bueno guardar algo de la hacienda de los novicios que entraban, para tener algun recurso en tiempo de necesidad; el Santo le respondió: «Hermano carísimo, en ninguna cosa cumple hacer contra la regla. Méenos inconveniente es que cuando haya necesidad, quites los ornamentos del altar de la Virgen gloriosa, para remediarla, que intentar cosa contra el voto de la pobreza: y la misma Virgen lo tendrá por bien.»

En un camino vieron una bolsa,

que parecía estaba llena de dineros; el compañero dijo al Santo, que era bien alzarla para dar aquellos dineros á los pobres: y aunque San Francisco al principio no vino en ello, despues, viendo inquieto al compañero, hizo oracion y le mandó que alzase la bolsa, y echando mano de ella, salió una serpiente, que luego con la misma bolsa desapareció. Otra vez en otro camino, se le aparecieron tres doncellas pobres y muy semejantes en la estatura, rostro y edad, que eran la pobreza, castidad y obediencia; y saludándole dijeron: En buena hora venga la señora pobreza; y con esto desaparecieron. Cuando veía otro más pobremente vestido, se reprendía á sí

mismo y se animaba á mayor pobreza, pareciéndole gran confusión suya, que en la pobreza alguno le hiciese ventaja; y así estando el Santo cubierto con una capa, por estar enfermo, encontró un día en la calle á un pobre, y le dió la capa; y porque su compañero le iba á la mano, le dijo: «Yo me tendría por ladrón delante de Dios, si no diese esta capa al más pobre.» Y cuando le daban algo, solía pedir licencia para darlo á otro más pobre, si se encontrase con él; y cuando hallaba alguna gente pobre que llevaba carga, él se la ayudaba á llevar.

Gustaba más de las limosnas que él pedía de puerta en puerta, que de las que le daban sin pedir las; y

cuando le convidaban personas graves, iba primero á pedir limosnas por los vecinos de puerta en puerta. Y cuando enviaba á sus frailes á pedirla, algunas veces les decia: Id; que para esto ha enviado Dios á los frailes menores al mundo, para que sus escogidos les den limosna, y cumplan con la misericordia, de que el Juez les ha de pedir cuenta el día del juicio. Un día de Pascua de Flores, estando fuera de poblado, tan lejos que no pudo ir á pedir limosna, deseando imitar al Señor, que aquel día, en figura de peregrino, había sido convidado de los dos discípulos que iban á Emaús; pidió limosna á sus propios frailes, que con él estaban; y ellos se la die-

ron, y el bienaventurado Padre la recibió con gran humildad y alegría.

Estando enfermo en un lugar que se llama Nuceria, y llevándole algunos hombres de Asís, que habían venido por él, para curarle y regalarle en su ciudad, no hallaron en el camino cosa de comer, que comprar por sus dineros: y sabiéndolo el Santo, ordenó que pidiesen por amor de Dios lo que no habían podido hallar por dineros; y haciéndolo así, volvieron cargados de todo lo que habían menester para sí y para el Santo. Otra vez viniendo un hombre honrado á pedirle el hábito, le mandó que antes de tomarle, diese su hacienda á los pobres. El pretendiente

dióla á sus parientes, que eran ricos y no tenían de ella necesidad: súpolo el Santo, y no le quiso admitir, diciendo, que el que no sabia dar su hacienda á Dios, ménos sabría darle su persona; y así aquel hombre cobró su hacienda y dejó el propósito de la virtud. Todo esto era amor de los pobres y de la pobreza. Mas ¿quién podrá declarar el amor tan encendido que este serafín tuvo al Señor y á sus prójimos? Era la sed que tenía de la conversion de las almas ardentísima, y decía que para esto tiene más fuerza el ejemplo que las palabras; y que habían de ser llorados los predicadores que en sus sermones no buscaban la salud de las almas sino su honra; y los

que destruyen con su mala vida, lo que edifican con su buena doctrina; y que en el día del juicio se verá que muchos legos y personas sencillas fueron causa de la conversion de muchos con sus oraciones y lágrimas, aunque no les predicaron de palabra.

Tenía gran cuenta con el silencio en sí y en sus frailes, y decía, que esta no era pequeña virtud, y que aquella sentencia del Espiritu Santo que dice, «que la vida y la muerte están en manos de la lengua,» no se ha de entender tanto del gusto en el comer como en el hablar. No podía sufrir que se murmurase de nadie: y una vez oyendo que un fraile decía mal de otro, el Santo ordenó al Guar-

dian que averiguase con diligencia aquella falta, y que hallando que el acusado no tenía culpa, diese al acusador tan duro castigo, que quedase notado á los ojos de todos. Tenía grande caridad con los enfermos y necesitados: y una vez porque un fraile habló con aspereza á un pobre que importunaba por la limosna, le mandó que se arrojase á los piés del pobre y le pidiese perdon, diciendo que los pobres representan á Cristo pobre, y á su Madre la Virgen María pobre, y que por esto se les ha de hablar con gran blandura y comedimiento. Este amor de los prójimos manaba como de su fuente, de un amor entrañable del Señor que abrasaba su corazon; porque

era cosa que ponía grande admiracion el ver cuán ardiente y cuán encendido era aquel fuego de amor divino, con que este serafin se derretía; de suerte que no contentándose de lo mucho que hacía y padecía por este amor, se determinó de ir á predicar á Siria á los moros y á los otros infieles, por la ánsia grande que tenía de morir por su Señor. Embarcóse el sexto año de su conversion, y levantóse una tempestad con la cual aportaron á Esclavonia, y no habiendo embarcacion para pasar adelante hubo de volver atrás.

Despues se partió á Marruecos á predicar al Miramamolin, y caminaba con tanto fervor y deseo del martirio, que aunque estaba

muy flaco y consumido, con todo eso el compañero no podía seguirle con su paso: mas fué Dios servido, que en España le sobrevino una enfermedad gravísima, y por ella y por otros negocios de la órden y varios sucesos, no fué posible ir á Marruecos. Finalmente, el año trece de su conversion, no pudiendo reposar por este tan abrasado deseo del martirio, en tiempo que había muy sangrienta guerra entre los cristianos y los moros, pasó con grandísimos peligros á Siria en compañía de Fr. Iluminario, varon de admirable virtud. Cayeron en manos de los moros, los cuales los trataron afrentosamente, dándoles muchos azotes el Soldan, y con prisiones los lleva-

ron al de Babilonia, que era lo que el Santo deseaba. Predicó al Soldan con grande ánimo y espíritu el misterio de la Santísima Trinidad, la encarnacion del Hijo de Dios, y se ofreció de entrar en un gran fuego, en prueba de la verdad de la fe que predicaba, si los sacerdotes de Mahoma quisiesen entrar en él, en defensa de la suya: y aunque ellos no quisiesen entrar, dijo que él entraría en el fuego, si le prometían de convertirse á Cristo nuestro Señor, en caso que él saliese del fuego sin daño. Pero el Soldan temiendo algun alboroto de su gente, no vino en ello: y admirado de la constancia del Santo, y del menosprecio de todas las cosas de la tierra, y

que no quería aceptar los grandes dones y joyas de mucho precio que le ofrecía, ni para sí, ni para repartir á las Iglesias y á los pobres cristianos, le honró sobremañera y le regaló: y el Santo viendo que en lugar del martirio que él buscaba, había hallado honra y regalo, con una revelacion divina que tuvo, se volvió á tierra de cristianos.

Esta misma caridad hacía que San Francisco estuviese siempre ocupado en la meditacion y contemplacion del Señor, y que viviese de oracion, porque el que mucho ama, mucho desea tratar con la persona á quien ama, y todos sus tesoros y su bienaventuranza pone en aquel que tiene por sumo

bien, y todos sus entretenimientos y deleites son considerar sus excelencias y grandezas, como lo hacía San Francisco: el cual, para mostrarnos este afecto, repetía muchas veces en la oracion: *Deus meus, et omnia*: Dios mio, y todas las cosas; porque en él veía y hallaba todas las cosas, y fuera de él ninguna estimaba ni juzgaba que le hacía al caso. Todos los años, en pasando la fiesta de la Epifanía, se iba á la soledad, en reverencia de los cuarenta días que Cristo nuestro Señor estuvo en el desierto, y encerrándose en una celda, empleaba todo aquel tiempo con muy estrecho ayuno en oracion. Comulgaba muy amenudo con gran fervor y devocion, y

casi de ordinario en comulgando padecía éxtasis, y quedaba arrobado y suspenso.

Rezaba las horas canónicas con gran devocion y reverencia, estando siempre en pié y quitada la capilla, sin arrimarse, por más enfermo que estuviese. Y cuando iba de camino siempre paraba al tiempo del rezar, y decía, que si el cuerpo cuando come el manjar corruptible, quiere estar con reposo; ¿por qué no lo ha de estar el alma, cuando toma y gusta el mantenimiento celestial? De los nombres de Dios y de Jesucristo fué devotísimo: y cuando los hallaba en el suelo, ó en algun lugar indecente, los recogía con devocion y los ponía en parte más de-

cente; y á todas las reliquias de los Santos tenía cordial reverencia. Una vez, orando en una iglesia desierta, supo por revelacion que había allí algunas reliquias que no estaban con la debida reverencia: mandó á sus frailes que las tomasen y llevasen á su iglesia. Descuidáronse ellos de hacerlo que el Santo Padre les había mandado; mas no se descuidó el Señor de regalar á su siervo: porque por virtud divina se trasladaron los santos huesos, y queriendo decir misa, se hallaron sobre el altar, hermosísimos y con una fragancia del cielo.

Aunque en todos los misterios de la vida del Salvador se enternece admirablemente, pero mu-

cho más en el de su sagrado nacimiento, por la pobreza, desabrigo y desnudez que en el portal y pesebre de Belen se nos representa: y así una vez habiendo alcanzado primero licencia del Papa, para que no se pudiese atribuir á liviandad, una noche de Navidad hizo traer paja, y un buey y un jumento, y convocar gran multitud de gente y sus frailes, y con gran solemnidad de música y lumbrés decir misa en un pesebre, y el Santo en ella cantó un Evangelio y predicó al pueblo del nacimiento del Rey pobre; y cada vez que le nombraba, le llamaba el Niño de Belen, con inexplicable devocion y ternura. Guardó el pueblo por reliquias el heno que había estado

en aquel pesebre, y valióle para curar muchas enfermedades de los animales, y para librarse de grandes peligros. Con la Sacratísima Virgen María nuestra Señora, tuvo muy particular devocion, y la tomó por abogada suya y de sus frailes, y en honra de ella ayunaba desde la fiesta de San Pedro y San Pablo hasta la Asuncion. Despues de esta festividad tambien ayunaba otros cuarenta días, y oraba mucho por devocion de los Santos ángeles, y especialmente de San Miguel, arcángel, y á todos los Santos ayunaba otra cuaresma; y con achaque de estas cuaresmas se le pasaba todo el año ayunando y orando.

Por muchas y grandes molestias

que los demonios visiblemente le dieron para apartarle de la oración, siempre estuvo fuerte y jamás le pudieron divertir ni enflaquecer; y á la medida de su grande afecto y ternura para con Dios, fué la abundancia de las gracias y consolaciones espirituales que con larguísima mano Él le daba; porque muchas veces, estando en oración, era levantado en alto, y una vez le vieron en el aire cercado de una nube resplandeciente.

Yendo de camino, muchas veces era visitado y regalado del Señor con una dulzura inefable: y para recibirla más suavemente y á solas, hacía que los que iban con él pasasen adelante; porque procu-

raba con gran cuidado encubrir sus virtudes, y las visitaciones é ilustraciones y regalos del Señor; el cual parece que escogió á este bienaventurado Patriarca para enriquecerle interiormente, tanto cuanto él se había hecho pobre: y porque se había humillado y deshecho del amor de todas las criaturas, le sublimó y le hizo superior á todas, como luego se verá.

Porque primeramente alumbró el entendimiento de San Francisco con una luz soberana y con una sabiduría no aprendida en los libros, sino venida del cielo, le infundió el conocimiento de la Sagrada Escritura y de los misterios inefables de nuestra santa religion: dióle á más el don de pro-

fecía, para que profetizase y dijese cosas que mucho despues habian de suceder.

Estando el ejército de los cristianos sobre Damiatá y para pelear, les avisó que no peleasen porque serían vencidos: no le creyeron, y salieron de la batalla destrozados y vencidos. Convidóle una vez un soldado honrado á comer á su casa, y recibióle en ella con gran devocion: hizo ántes de comer el Santo oracion y llamó aparte al soldado, y díjole que en pago de aquella caridad que había usado con los pobres de Jesucristo, le quería avisar que no comería en aquella mesa sino en la otra vida: que se confesase con verdadero dolor y entero arrepenti-

miento de todos sus pecados. Hízolo todo el soldado; confesóse con el compañero del Santo, ordenó su conciencia y las cosas de su casa, con la brevedad que el tiempo le daba; y sentándose los convidados á la mesa, súbitamente espiró.

Un prebendado de una iglesia, de mala vida, estaba muy enfermo en su cama sin poderse mover: hizose llevar al Santo, y pidióle con muchas lágrimas que hiciese sobre él la señal de la cruz; y él le respondió: «¿Cómo quieres que yo haga lo que me pides, siendo tú enemigo de la cruz y tan contrario en tu vida? mas por la devocion de los que aquí están, que con tanta instancia me lo piden,

yo haré la señal de la cruz sobre tí: con apercibimiento que te hago en el nombre del Señor, que si, librado de esta enfermedad, volvieres al vómito, caerás en mayores calamidades por tu ingratitude.» Sanó el hombre con la señal de la cruz, y no hizo gracias á Dios por la salud que le había dado, ni se enmendó; ántes volviendo á sus liviandades, estando una noche durmiendo en casa de un canónigo, se cayó el techo de la casa, y escapándose todos los otros que en ella estaban, él solo murió.

Y no solamente manifestó las cosas futuras, sino tambien descubrió los secretos pensamientos del corazon, los deseos íntimos del alma y los escrúpulos de las con-

ciencias. Y de algunos pecadores que estaban en mal estado, dijo ántes que se enmendarían; y de algunos, que en los ojos de los hombres parecían buenos y loables, avisó la mala vida que habían de hacer, y los daños que por ella les habían de venir.

Viniendo una vez dos frailes de camino, el más viejo hizo algunas cosas con que dió escándalo al más mozo: cuando llegaron, el Santo preguntó al menor cómo lo había hecho su compañero en el camino: y respondiéndole, por no culpar y descubrir la falta del compañero, que lo había hecho bien; dijo el Santo: «Mira que no mintais con pretesto de humildad: aguarda un poco, y vereis lo que pasa.» De

allí á pocos dias el fraile que había dado el escándalo se salió de la religión, permitiéndolo el Señor, porque no había hecho penitencia de su culpa, y para manifestar juntamente el castigo de su justicia, y el espíritu profético que había dado á su siervo.

Otra vez, viniendo á visitar á sus frailes, y hablando con ellos de las cosas del cielo, como solía, le dijeron que había entre ellos uno de singular santidad y de vida admirable, de grande oracion y tan dado al silencio, que áun confesarse no quería sino por señas, por no hablar: llevólo á mal el Santo, y reprendió á los que alababan aquella singularidad, y díjoles: «Ese no es espíritu de Dios,

sino del demonio: tentacion diabólica y no virtud divina:» y como lo dijo, así se descubrió; porque con la luz del cielo había penetrado el corazon de aquel pobre religioso, que con aquella engañosa singularidad se apartaba de la comun y santa conversacion de los demas.

Dióle tambien el Señor gran dominio sobre las criaturas, las cuales le regalaban y servían; porque considerando el Santo cómo Dios hizo todas las cosas de la nada, llamaba hermanos y hermanas á las criaturas, por viles que fuesen, y especialmente á las que representaban á Cristo con su mansedumbre; como los corderos y ovejas.

Una vez en Santa María de Porciúncula, le dieron de limosna una oveja viva, y él la recibió de buena gana por ser símbolo de inocencia y simplicidad, y la exhortó que viviese en el convento sin inquietar á los frailes, y que asistiese á las alabanzas divinas; y así lo hizo; porque al tiempo que los frailes iban al coro, entraba la oveja en la iglesia, é hincaba las rodillas, y delante del altar de nuestra Señora balaba, como quien la saludaba: y cuando en la misa alzaban el Santísimo Sacramento, hincaba también las rodillas como adorando al Señor.

También en Roma tuvo San Francisco otro cordero, á quien enseñó á asistir en la misa y á las

horas: y cuando el Santo se fué á otras partes, le dejó encomendado á una noble matrona, y si ella á las mañanas tardaba de ir á misa, el cordero con los balidos la despertaba, y con la cabeza y meneos la hacía señas que fuese á la iglesia. Tambien muchas veces los peces, conejos y liebres se le venían á las manos y al seno, y no se querían ir hasta que el Santo les diese su bendicion.

Caminando una vez por las lagunas de Venecia, halló gran número de aves que cantaban en los matorrales y arbolillos, y dijo al compañero: «Las hermanas aves alaban á su Criador; vámonos entre ellas y cantemos allí al Señor las horas canónicas. Fueron á

ellas, y las aves no se espantaron ni se movieron de su lugar; y como por el canto de ellas no se oyesen bien el uno al otro los versos que cantaban, dijo San Francisco á las aves: «Hermanas aves, cesad de cantar, hasta que nosotros acabemos de pagar al Señor las debidas alabanzas.» ¡Cosa maravillosa! Las aves se estuvieron quedas y callando hasta que San Francisco y su compañero acabaron sus horas muy despacio, y luego el Santo les dió licencia, y ellas cantaron como primero.

Otra vez estaba una cigarra en una higuera cantando, junto á la celda del Santo en Santa María de Porciúncula: llamóla un día, y la cigarra voló y se le puso en la

mano, y él le dijo: «Canta, hermana mía cigarra, y alaba á tu Criador.» Ella lo hizo sin cesar, hasta que el Santo la mandó volver á su lugar; y por ocho dias iba y volvía á él, obedeciéndole y cantando, hasta que el Santo dijo á sus frailes: «Demos ya licencia á la hermana cigarra, que bien lo ha hecho despertándonos estos ocho días á las alabanzas de Dios.» Dióle licencia, y nunca más pareció. Con un halcon y un faisán le pasaron tambien cosas admirables y propias de un varon á quien el Señor había dado señorío sobre las aves y sobre todas sus criaturas, como se vé por lo que otra vez le aconteció.

Yendo á predicar, halló en el

camino gran multitud de aves de diferentes géneros y colores que estaban cantando, y se fué á ellas; y como si tuvieran entendimiento, se estuvieron quedas, y le miraron con un modo insólito, é inclinaron sus cabezas; y él viendo la atencion con que estaban, les comenzó á predicar y á decir: «Hermanas mias aves, mucho debéis alabar á vuestro Criador, porque os vistió de plumas y dió alas para volar, y un aire puro en que espaciáros, y sin ningun cuidado vuestro, ni solicitud, os mantiene y conserva:» y oyendo estas palabras las aves, se regocijaban, extendiendo el cuello y las alas y haciendo otras demostraciones de contento y alegría; y aunque el

Santo las tocaba con el vestido, paseándose entre ellas, ninguna se meneó hasta que les dió su bendición y licencia.

No fué menor milagro lo que otra vez le acaeci6, predicando á un pueblo, con unas golondrinas, las cuales cantaban tan importunamente, que no le dejaban predicar; porque volviéndose el varon de Dios á ellas, en voz alta les dijo: «Hermanas mias golondrinas, ya es tiempo que yo tambien hable, pues vosotras hasta ahora habeis cantado: callad, hasta que se acabe el sermon y estad atentas:» y como si tuvieran razon, luego callaron y no se movieron hasta que se acabó el sermon, y con su bendicion se partieron.

No solamente dió el Señor á San Francisco este imperio sobre las golondrinas, sino tambien á algunos de sus Santos compañeros, por sus merecimientos; porque en la ciudad de París, habiéndose divulgado el milagro de las golondrinas que acabamos de referir, estando uno de sus hijos estudiando, una golondrina con su molesto canto le quitaba la atención, y él dijo á sus compañeros: «Esta golondrina debe ser de aquellas que estorbaban á nuestro Santo Padre y no le dejaban predicar, hasta que les mandó que callasen:» y volviéndose á la golondrina, le dijo: «En el nombre del siervo de Dios Francisco, te mando que luego calles y vengas á mí.» Calló

y púsose luego en sus manos; y conocióse más la virtud del Seráfico Padre y la gracia singular que el Señor le había dado sobre las criaturas, y por él á sus hijos.

Mas no es tanto de maravillar que las aves y las otras criaturas que tienen sentido obedeciesen á San Francisco, como el ver que el fuego y las cosas insensibles se sujetasen á su imperio y voluntad.

Tuvo el varon de Dios muy gran don de lágrimas, y sus ojos eran dos fuentes perpétuas que las destilaban; y por esto vino casi á perder la vista, y fué avisado de un médico que si no reprimía las lágrimas, sin duda vendría á quedar del todo ciego. Respondió el Santo; «Hermano médico, no recibió

el espíritu el beneficio de la luz por la carne, sino la carne por el espíritu, y no debemos por amor de la vista que tenemos comun con las moscas, poner impedimento á la vista espiritual y á la consolacion celestial.» Y como le rogasen que, á lo ménos, recibiese un cauterio de fuego para remedio de los ojos, vino en ello por ser medicina áspera y saludable. Al tiempo que el cirujano le quiso dar el cauterio, el Santo habló con el fuego y le dijo: «Hermano fuego, Dios te hizo muy hermoso y eficaz y provechoso entre todas las criaturas; mira que me seas ahora blando y cortés; ruego yo al gran Señor que te crió, que me quemes suavemente para que te

pueda sufrir.» Hizose el cauterio bien profundo desde la oreja hasta las cejas, y no sintió más dolor que si no se hubiera hecho en su cuerpo.

Estaba una vez muy enfermo, y sintiéndose muy debilitado pidió un poco de vino; no lo hubo, mandó que le trajesen agua, hizo la señal de la cruz sobre ella y convirtiöse el agua en excelentísimo vino; y en bebiendo un trago de aquel vino luego se levantó bueno y sano. Otra vez, hallándose muy fatigado deseó un poco de música para despertar la alegría del espíritu, y por modestia religiosa no la quiso pedir; pero el Señor aquella noche le dió música del cielo tan suave, que le parecía

estar ya en el otro mundo. Otra vez, yendo á predicar, le sobrevino la noche muy oscura, y el camino era peligroso, por un río y lagunas que había en él; el fraile que iba con él le dijo: «Padre, ruega á Dios que nos libre de estos peligros.» Respondió el Santo: «Poderoso es Dios si quiere para darnos luz.» En diciendo estas palabras vino una luz grande y clara, que les duró hasta que llegaron á la posada, y otros que iban por el camino no vieron esta luz.

Pues ¿quién podrá referir los otros innumerables milagros con que el Señor honró á San Francisco en vida y en muerte? Echó de los cuerpos muchos demonios; dió vista á muchos ciegos; sanó

á muchos cojos y mancos; restituyó los muertos á vida; dió hijos á las mujeres estériles, y libró de peligro á las que estaban de parto y á los encarcelados de la cárcel, y á los que navegaban de horribles tormentas. El pan que el Santo bendecía; los pedazos de su roto y pobre hábito; la cuerda con que se ceñía; el agua con que lavaba sus piés y sus manos, y cualquiera otra cosa que hubiese tocado, era saludable medicina para las dolencias, remedio para las adversidades y alivio y descanso en los trabajos. Finalmente, todos los que en sus enfermedades y peligros con devocion y confianza le invocaron, hallaron remedio, como más largamente se puede ver en

la vida que escribió San Buena-ventura y en la Crónica de la sagrada órden de los Menores. Yo sólo quiero referir tres milagros que me parecen más notables. El primero fué, que habiendo estado el glorioso Padre muy enfermo, le curó un médico con mucho cuidado; y como el Santo no tenía con qué pagarle, recompensó la buena obra que del médico había recibido de esta manera. Había este médico labrado una casa con mucha costa; abrióse la casa de alto á bajo, y aunque era nueva, estaba para caerse; pidió el médico alguna cosa que el Santo hubiese tocado con sus manos; y despues de mucha instancia, al fin los frailes le dieron unos pocos de cabellos

de San Francisco. Tomólos y púsolos aquella noche entre las aberturas que se habían hecho en las paredes de su casa; y á la mañana las halló tan cerradas, que no quedaba rastro de ellas, y el edificio muy firme, sin poder sacar los cables que había puesto. El otro es, que un hombre religioso y temeroso de Dios tenía una cuerda con que el Santo se solía ceñir; y habiendo en el pueblo muchos enfermos de varias y graves enfermedades, iba por las casas de los dolientes, y dábales á beber un poco de agua, en que aquella cuerda había estado en remojo; y con esto los enfermos cobraban salud. El tercero es, que estando la ciudad de Arezo para perderse por

las disensiones, bandos y guerras civiles que en ella se habían levantado; el Santo para apaciguarlas fué allá. Hospedáronle en una casa fuera de los muros, y vió á las demonios sobre la ciudad muy contentos, como atizando el fuego de aquellas disensiones y muertes; llamó luego á su compañero, que era Fr. Silvestre, y díjole que se fuese á la puerta de la ciudad, y que en voz alta y en virtud de obediencia mandase de parte de Dios á los demonios que se fuesen de allí. El Santo lo mandó; los demonios luego obedecieron, y la ciudad dejando las armas volvió á su antigua paz y todos se hicieron amigos.

Pero el mayor y más raro y ad-

mirable milagro de todos es el de las sagradas llagas que el Señor en el cuerpo de este gran prodigio celestial imprimió, para que no solamente su purísima alma, sino también su cuerpo fuese un vivo y perfecto retrato de Jesucristo. La historia como pasó, cuenta San Buenaventura de esta manera.

Dos años ántes que muriese el Santo Padre, se recogió al monte de Alvernia, que es en la provincia de Toscana, para darse más á la oracion y ayunar como solía la cuaresma de San Miguel. Regalóle aquella vez el Señor, é ilustróle extraordinariamente, y revelóle que abriese el libro de los Evangelios, porque allí le diría lo que

pensaba obrar en él y por él. En cumplimiento de lo que Dios le mandaba, hecha primero oracion, tomó del altar el libro de los Evangelios, y díjole á un su compañero, varon perfecto y santo, que le abriese tres veces: abrióle, y todas tres veces hallaron la historia de la pasion del Señor.

Luego entendió el Santo que Dios quería que así como había imitado en sus acciones á Cristo nuestro Salvador en vida, así ántes que muriese, se había de conformar con Él en las aflicciones y dolores. Vino el día de la fiesta de la Exaltacion de la Santa cruz, que es á 14 de setiembre, y estando orando aquella mañana al lado del monte, y con el corazon abra-

sado de amor de Dios y transportado en el Señor, vió que bajaba del cielo un serafin con seis alas encendidas y resplandecientes, y con un vuelo muy lijero se ponía en el aire cerca de donde él estaba, y entre las alas le apareció un hombre crucificado, clavadas las manos y piés en la cruz.

Las dos alas del serafin se levantaban sobre la cabeza del crucifijo, dos cubrian todo el cuerpo y las otras dos se extendían como para volar. En esta vision se imprimieron en las manos, piés y costado del seráfico Padre las llagas de la misma figura que él las había visto en aquel serafin. Quedaron unos como clavos de carne dura, cuyas cabezas eran redondas

y negras, y en las manos se echaban de ver en las palmas y en los piés, por la parte alta del empeine; las puntas eran largas y excedían á la demás carne, y estaban retorcidas y como redobladas con martillo; la llaga del costado derecho era como una cicatriz colorada, de la cual manaba muchas veces tanta sangre que bañaba la túnica, y los zaragüelles del Santo; el cual quedó tan favorecido del Señor con estas sagradas llagas que parecía un vivo retrato suyo, y más un serafín venido del cielo que moraba en la tierra, que hombre mortal; pero quedó juntamente tan humilde, tan confuso y tan vil en sus ojos, que ninguna cosa procuraba con mayor estudio, que

encubrir este tan grande y tan singular don de Dios. Para esto de allí adelante traía los piés calzados, las manos cubiertas con el hábito, y unos zaragüelles tan altos que cubrían la llaga del costado. Mas como el Señor se las había dado para honrarle y hacerle glorioso en el mundo, quiso que se viesen y se supiesen, y quedasen ennoblecidas con muchos milagros y divinas revelaciones. Viéronlas, viviendo el Santo Padre, muchos religiosos de su orden, los cuales lo afirmaron con juramento solemne; viéronlas algunos Cardenales, íntimos amigos suyos, los cuales de palabra y por escrito dieron testimonio de ellas; viólas el Papa Alejandro IV, y en un ser-

mon, en que se halló San Buena-ventura, dijo que él mismo las había visto con sus propios ojos y despues de muerto las vieron claramente más de cincuenta frailes, y Santa Clara con todas sus monjas, é innumerable multitud de gente seglar que se juntó á su enterramiento; y á más de tantos y tan graves testigos, hizo el Señor algunos grandes milagros para confirmacion y reverencia de las sagradas llagas del Seráfico Padre San Francisco.

Uno fué que dudando el Papa Gregorio IX, á quien el Santo había profetizado que sería sublimado á la Silla de San Pedro, de la llaga del costado; una noche le apareció San Francisco, repre-

diéndole con rostro severo de aquella duda; alzó el brazo derecho, y descubrió la llaga que tenía en aquel lado, y le pidió una redoma para recoger la sangre que de ella salía. Ofreció en aquella vision la redoma, y llenóse de la sangre preciosa que manaba de la llaga.

Otra vez apareció á un fraile suyo, predicador y de gran fama, y le reprendió, porque curiosamente había querido investigar el modo con que aquellas divinas señales se habían impreso, y por no entender bien la razon, comenzaba á dudar, ó tener escrúpulo de ellas.

En Potenza, ciudad de la provincia de Apulla, en el Reino de

Nápoles, un clérigo, mirando una imágen de San Francisco, dudó del milagro de las llagas, y luego se sintió herir en la palma de la mano izquierda, y quitándose el guante, la halló llagada; y conociendo su culpa pidió perdon al Santo, y por su intercesion alcanzó la salud del alma y de la mano.

En la provincia reatina, dió una manera de pestilencia al ganado mayor y menor, tan cruel que todo perecía; fué revelado á un hombre temeroso de Dios, que fuese al convento de los frailes, y les pidiese el agua con que San Francisco se hubiese lavado los piés y las manos, y que la derramasen sobre las ovejas y bueyes, tocados de aquella pestilencia, Hizolo así,

y fué cosa maravillosa que todos los animales que fueron rociados con aquel agua, sanaron con admiracion de toda la gente, por haber tocado las llagas sagradas del Santo.

Antes que las recibiese San Francisco en el monte de Alvernia, solía ser aquel monte muy infestado de tempestades y rayos, y la mucha piedra que caía del cielo, quitaba los frutos de la tierra; pero despues que aquel lugar recibió tan gran favor del cielo, el mismo cielo parece que se ablandó y se mudó de tal manera, que no padecieron más la calamidad de piedra que solían los moradores de aquella comarca.

Finalmente, la Santa Iglesia

romana, ha comprobado el milagro estupendo de las sagradas llagas del seráfico Padre San Francisco, con las letras apostólicas, que de ellas escribieron los Sumos Pontífices Gregorio IX, Alejandro IV y Benedicto XI, y con el celebrar y hacer conmemoracion de las mismas llagas en el Martirologio romano á los 17 de Setiembre por orden del Papa Sixto V.

No solamente imprimió el Señor las señales de su cruz y pasion en el costado, piés y manos de San Francisco, para honrarle con su librea en la tierra, sino tambien para que padeciese más, y con las grandes aflicciones y dolores, fuese un dibujo de los dolores y tormentos de la cruz del mismo

Cristo. Para esto luego que recibió las sagradas llagas, tuvo muy recias y dolorosas enfermedades que le consumieron de tal manera, que no le quedó sino el pellejo y los huesos, y más parecía un retrato vivo de la muerte, que hombre con vida, y llevaba con tan extraña paciencia sus males, que rogó al Señor que sobre aquellos dolores le enviase otros mucho mayores, si aquella era su voluntad. Mucho ántes dijo á sus frailes que Dios le había revelado su muerte, y cuándo había de ser; y el mismo día en que murió, les avisó que aquel día sería.

En la última enfermedad, se hizo llevar á Santa María de Porciúncula, y cuando ya quería espi-

rar, como verdadero amador de la pobreza, por ser semejante á Cristo que murió desnudo en la cruz, se desnudó todo, y se postró en la tierra desnudo; y para que no se viese la llaga del costado, con la mano izquierda la cubría.

Comenzaron todos á llorar, y él les dijo: «Yo, hermanos, ya he hecho lo que á mí toca: vosotros haced lo que Cristo os enseñare.» Entendió estas palabras un fraile, á quien el Santo solía llamar su guardian, y tomó un hábito viejo y un cordon, y diósele diciendo: «Hermano, vos no teneis hábito en qué morir, porque sois pobre mendigo y desnudo: este hábito os damos de limosna, y por amor de Dios; no dado, sino prestado,

y vos le recibid en virtud de santa obediencia.»

Alegróse el Santo sobremanera, por verse morir pidiendo limosna, y con vestido, y por ello dió muchas gracias á Dios, y mandó á los frailes en obediencia de caridad, que en viéndole ya difunto, le dejasen en el suelo desnudo, tanto tiempo, quanto se pudiese andar despacio una milla. Después los exhortó al amor de Dios, de la santa pobreza y paciencia, y á morir por la fé de la santa Iglesia Romana, y cruzados los brazos, dió su bendicion á los presentes y á los ausentes, y dijo: «Quedaos, hijos míos, en el temor del Señor, y permaneced en él siempre, porque la tentacion y

tribulacion venidera ya se acerca: dichosos serán los que perseveraren en el bien comenzado. Yo voy apriesa al Señor, á cuya gracia os encomiendo.»

Luego hizo que le leyesen la passion en el Evangelio de San Juan, desde aquellas palabras *Ante diem festum Paschæ*; y despues de leída, él mismo, como pudo, comenzó á decir el Salmo 141 que comienza: «Con mi voz he clamado al Señor: con mi voz he suplicado al Señor;» y dijole todo hasta acabar con las últimas palabras: «Sacad, Señor, mi alma de la cárcel, para que confiese vuestro santo nombre, porque los justos me están esperando, para que me deis galardón.» Y en diciendo estas pa-

labras, dió el alma á su Criador, un sábadó á puesta del sol, á 4 de Octubre, año del Señor de 1226 á los veinte de su conversion, y cuarenta y cinco de su edad.

Aparecióse en aquella hora que espiró, al obispo de Asís que había ido á San Miguel del monte Gargano, y le dijo: «Ya dejo al mundo y voy al cielo.» Tambien apareció á un Guardian, llamado Fr. Agustin, que estaba agonizando y sin habla, en el postrer trance de la muerte: quien, cuando vió á su Santo Padre, clamó súbitamente, y dijo: «Aguárdame, Padre, aguarda, que ya voy contigo.»

Y preguntándole lo que decía, respondió: «¿No veis á nuestro

Padre San Franciscó que se va al cielo? Y diciendo esto, espiró. Otras muchas revelaciones hubo de la gloria de este Santísimo Patriarca. En sabiendo que era muerto, concurrieron de Asis y de todos los pueblos comarcanos, gran muchedumbre de personas eclesiásticas y seglares, á ver y besar las sacratísimas llagas que ya estaban para todos patentes y descubiertas.

Quedó su cuerpo muy hermoso y resplandeciente, habiendo sido en vida algo moreno y consumido por los muchos trabajos, asperezas y enfermedades. Sus miembros quedaron tan tratables y blandos, como si fueran de algun niño tierno. Toda aquella noche se gastó

en mirarle y reverenciarle y cantar himnos al Señor.

A la mañana tomaron ramos de árboles y cirios encendidos, y con una procesion bien larga y bien ordenada, pasaron por la iglesia de San Damian, donde estaba la santa vírgen Clara: ella y las monjas llegaron al santo cuerpo, y vieron las llagas, y se las besaron con increíble llanto, admiracion y ternura: de allí entraron en Asís, y con toda reverencia le colocaron en la iglesia de San Gregorio, en la cual, siendo niño, había aprendido las primeras letras.

Los milagros que el Señor obró por el Santo despues de muerto, fueron muchos y muy grandes: por los cuales y por su santísima vida,

el Papa Gregorio XI, personalmente vino á la ciudad de Asís, y con gran solemnidad le canonizó y le puso en el catálogo de los Santos, á 16 de Julio del año 1228; y despues, el año de 1230, celebrando sus frailes capítulo general en Asís, trasladaron su sagrado cuerpo á la iglesia que se había edificado de su nombre, á los 25 de Mayo, y fué hallado el cuerpo con un olor celestial y maravilloso; y de esta traslacion hace mencion el Martirologio romano.

Pero no es justo que callemos el modo con que el Señor despues acá, se ha mostrado maravilloso y glorioso en el Seráfico Padre San Francisco, porque á mi ver es una de las cosas más

raras que de ningun Santo se lee. Dirélo de la manera que lo refiere la *Crónica de los Menores*, en el capítulo primero del décimo libro.

Dice pues que el estar el cuerpo del glorioso San Francisco sepultado en el monasterio de Asís, es cosa cierta; mas que no lo es en qué lugar, y cómo esté; porque sólo se sabe que está en una bóveda, debajo de la capilla mayor de la iglesia de San Francisco. Añade que el Papa Nicolás, que debía ser el IV de este nombre, y él que fué ántes de serlo, ministro general de la órden, y comenzó á ser Papa el año del Señor de 1288, sesenta y dos años despues que murió el Santo, de-

seando mucho ver su sagrado cuerpo, entró una noche en aquella bóveda, acompañado solamente de un Cardenal y de un Obispo, de su secretario y del Guardian del convento, que se le mostraba; y que el Cardenal despues, estando á la hora de su muerte, declaró á un grande amigo suyo, la forma con que estaba el santo cuerpo, por estas palabras: «Era cosa, dice, de admiracion, que un cuerpo humano, muerto de tanto tiempo, estuviese de la manera que él estaba, porque estaba en pié derecho, no allegado ni recostado á parte alguna. Tenia los ojos abiertos, como de persona viva y alzados hácia el cielo moderadamente. Estaba todo el cuerpo entero, sin

corrupcion alguna, blanco y colorado, como si estuviera vivo. Tenía las manos cubiertas con las mangas del hábito delante de los pechos, como las acostumbran traer los frailes menores. Viéndole así el Papa, puso las rodillas en tierra con gran reverencia y devocion, y alzó el hábito de encima del pié, y vió él y los que allí estábamos, que en aquel santo pié estaba la llaga, con la sangre tan fresca y reciente, como si á aquella hora se hiciera con hierro en algun cuerpo vivo. El otro pié no le vimos, porque estaba cubierto con el hábito, y tenía tomado debajo del pié, y el señor Papa descubrió las manos, y vimos que en ellas tenía las llagas, como

la del pié, y así, le besamos las manos y el pié. Miró Su Santidad el lado derecho, y vió que tenía el hábito abierto, y la llaga tan fresca y reciente, como las de las manos y de los piés; y él solo y no nosotros, la besó, y la boca del Santo, y sintió tanta devocion y santidad interior, que fué cosa maravillosa, segun se mostraba por los efectos exteriores. Finalmente, tanta consolacion y suavidad sentimos todos en el almay en el cuerpo, que no mirábamos que se había pasado toda la noche.»

Todas estas son palabras de aquel Cardenal, que poco despues dió su alma á Dios, referidas en la crónica, como se ha dicho.

Pues ¿quién no vé las grandezas y excelencias de este pequeño y humilde siervo del Señor, y que cuanto él más se abatió y deshizo por amor de Dios en el mundo, tanto el mismo Dios le ha sublimado y hecho más glorioso en el cielo y en la tierra? Desnudóse de todos sus vestidos delante del Obispo, y vistióle el Señor de su espíritu y de su gracia. Tomó por esposa la santa pobreza, y amóla con entrañable afecto: y en pago le enriqueció Dios con tantos y tan divinos dones, y le hizo padre de un número innumerable de hijos santísimos, ricos por la pobreza de su padre, abastados en las menguas temporales, y señores de las haciendas de los fieles, por

haber despreciado las suyas. Porque ¿de dónde se ha propagado y extendido tanto por todos los reinos, provincias y naciones del mundo, la sagrada orden de San Francisco? ¿De dónde se han multiplicado tanto sus conventos, y crecido tanto la muchedumbre de sus hijos, como vemos, sino por los merecimientos y virtudes de su gran Padre? La bendicion que con tan larga mano echó el Señor desde el cielo á San Francisco, esa ha caido sobre toda su orden, y le ha dado tantos, tan santos, tan doctos, admirables y fructuosos hijos, tantos mártires, doctores, confesores y vírgenes, tantos sumos Pontífices, Cardenales y Prelados que con su vida, doctrina

y gobierno, han sustentado é ilustrado á la Iglesia católica.

Fué el Padre San Francisco de estatura mediana, y ántes pequeño que grande, el rostro un poco largo, la frente llena, los ojos negros y apacibles, y no grandes, los cabellos de la cabeza y la barba eran negros, la nariz igual y delgada, y las orejas pequeñas. Era de rostro alegre y benigno, ántes moreno que blanco: su lengua era aguda y viva, la voz clara, dulce y sonora. Era naturalmente elocuente y de muchas y buenas palabras, de muy pocas carnes y delicada complexion, y de grande ingenio y espíritu en lo que emprendía.

El Abád Joaquin, ántes que

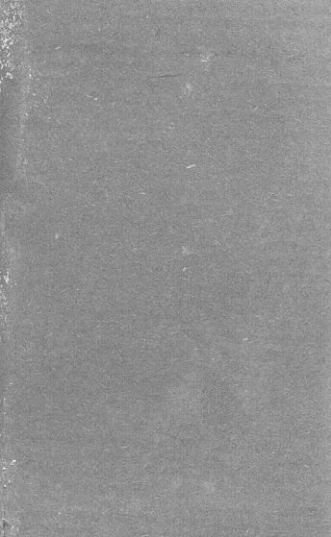
Santo Domingo y San Francisco instituyesen sus religiones, hizo pintar en San Márcos de Venecia, las imágenes de San Francisco con sus llagas y hábito, y de Santo Domingo con el suyo.

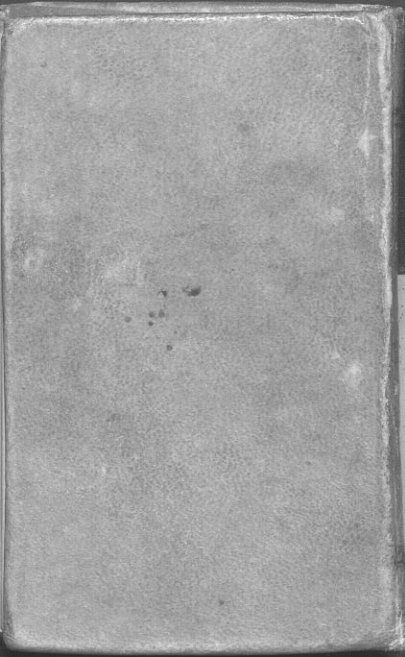
Tengamos todos gran devocion con este Santísimo Patriarca: imitemos, en la manera que nuestra flaqueza pudiere, sus heróicas virtudes; seamos humildes; estime-mos las cosas de la tierra, no en lo que parecen, sino en lo que son; apetezcamos y anhelemos á las del cielo; arda nuestro corazon y derritase con el amor del Señor, y quede llagado con la memoria de sus preciosas llagas; y reverencie-mos con entrañable afecto, las que el mismo Señor estampó en el

cuerpo del Seráfico Padre San Francisco, para declararnos que en el espíritu y en la carne era un verdadero retrato de Cristo crucificado. El Señor nos lo conceda por las oraciones del mismo Santo Padre y de los otros hijos suyos, que están en el cielo y en la tierra. Amen.

LAUS DEO.







FP 505

505